Los “invisibles”.-

(*por alguien que camina demasiado tarde y piensa demasiado poco)*

A Heinrich, un polaco abandonado en la calle, de edad indefinida y mirada de alguien que se cansó hace años… de hablar.

Salí a caminar a las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana después de una noche más de sueños que se encogen. Creí que iba a encontrar calma y lo que encontré fue mierda.

La ciudad estaba vacía. Bueno, vacía de los de siempre. Porque los otros —los verdaderos usuarios, en el amplio sentido, de la calle— estaban ahí, tirados como bolsas rotas, respirando con dificultad, soñando en lo que ya ni sueñan.

Un hombre dormía abrazado a una mochila que seguramente olía peor que la muerte. Un tipo con la cara llena de cicatrices hablaba solo, o hablaba con Dios, qué sé yo. Más adelante, otros dos casi juntos dormían sobre cartón, uno con un zapato, el otro con fiebre.

La ciudad los escupe cada noche. Les quita la dignidad a mordiscos y luego los deja ahí, en la acera, como manchas que nadie limpia.

Los que mandan están roncando en camas de tres mil euros, con sábanas de algodón egipcio y culpas anestesiadas por discursos. “Estamos trabajando en ello”, dicen. Sí, están trabajando duro… para no verlos.

Una mujer —no sé si joven o vieja, la miseria borra esas cosas— sostenía un cigarro apagado y le hablaba como si fuera su hijo. Más allá, una pareja se abrazaba en una banca como si el mundo estuviera en llamas y solo ellos quedaran vivos.

Yo seguí caminando. ¿Qué podía hacer? No soy un héroe. Apenas soy un tipo que ha perdido casi todo menos las ganas de joderse a sí mismo en soledad.

Pero verlos ahí, verlos tan jodidamente humanos y tan jodidamente olvidados eso te parte algo por dentro. Algo que ni los antidepresivos, ni mi natural y aplaudido sentido para la ironía ni el cinismo pueden soldar. Me sentí intruso, como si hubiera entrado a un lugar sagrado sin permiso. Como si mi ropa limpia y mi caminar sin hambre fueran una ofensa.

Regresé caminando lento. Ya se oían los primeros coches. La ciudad empezaba a disfrazarse otra vez; café, oficina, noticias falsas y sonrisas mentirosas mientras hay personas durmiendo en los portales, envueltos en mantas mugrientas, como si fueran cadáveres esperando permiso para morirse. La ciudad en fin, antes de que se ponga la máscara.

Pero yo seguía viendo los cuerpos en el suelo. El frío en sus huesos. El silencio que se mastica cuando ya nadie te pregunta cómo estás.

Una patrulla de la policía pasó despacio. No se detuvo. Los policías miraban hacia adelante, ni uno solo giró la cabeza. Tal vez no querían ver. Tal vez ya no veían nada.

Seguí caminando sin saber si debía mirar o bajar la cabeza.
Me sentía inútil. Peor aún: me sentía culpable.

Culpable de tener una casa. Una cama. Un cepillo de dientes. Una cena de anoche. Un gato con microchip bien alimentado, limpio, mimado y con seguimiento veterinario.

Volví a casa con el frío metido entre los hombros y la rabia en la garganta.
Me preparé un café que no me supo a nada.

Y mientras el sol empezaba a pintar las fachadas de los edificios, supe que en pocas horas todo eso desaparecería:

Los cuerpos, las miradas vacías, el olor agrio del abandono.
Todo quedaría debajo de la alfombra otra vez como todos los días.

Pero yo no me lo pude sacar de la cabeza ni del pecho. Y me quedó este nudo, este asco.
Esta vergüenza de no saber por dónde empezar, de que no saber qué hacer o no hacer nada es también una forma de cobardía.

Alberto Delgado Núñez (Caótico Alberto)

Sin humo
HYPER

PRINS

karma

1184372

HOY
PARA
RECICLAR
VIDRIO
PALITAS
PALITAS

REFORMAS

SAPHIR
MILANO

SAPHIR
MILANO

MAPFRE

SANTA CRUZ